

+8

CUENTOS

Cuentos ridículos

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Pablo Zerda

Si les parece ridículo un piojo viajando al espacio en una tapa de gaseosa o que a una chica, llamada Cinthia Scoch, le salgan ramas en la cabeza cuando come una mandarina, ni se imaginan a los otros personajes que protagonizan estos cuentos bien titulados «ridículos». ¿De qué otra manera se puede llamar a tanto disparate?

Publicado por primera vez en 1987, es hoy un clásico de la literatura infantil argentina. Fue distinguido con el Premio Casa de las Américas 1988 y recibió la recomendación de IBBY internacional en 1990.

www.loqueleo.santillana.com

loqueleo

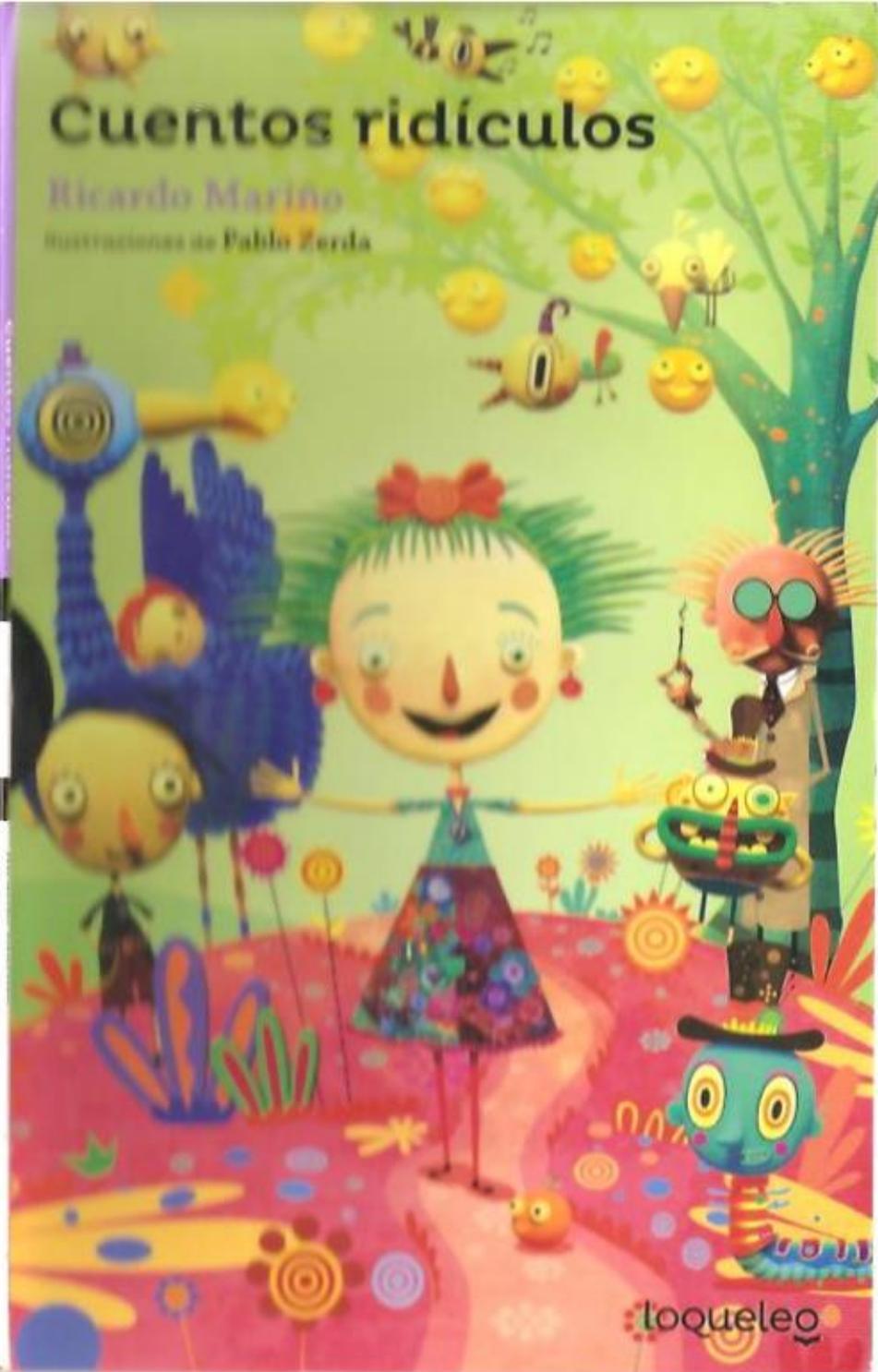
 SANTILLANA



Cuentos ridículos

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Pablo Zerda



loqueleo

Cinthia Scoch y la mandarina ridícula

Cinthia Scoch era una chica de diez años a la que le gustaban cosas como comer mandarinas mientras paseaba. Un día salió a caminar por un sendero desconocido y en cierto momento vio que a un costado del camino había una planta de mandarinas. Arrancó una y la fue pelando mientras seguía su paseo, sin advertir que se trataba de una mandarina ridícula.

Las mandarinas ridículas tienen la inscripción "MR" grabada en cada una de las semillas, pero en general las personas no advierten ese tipo de detalles. Algunas sí lo hacen, pero es común que crean que la sigla "MR" es por "Marca Registrada", como aparece en muchos artículos.

Como se ha dicho, a Cinthia Scoch le gustaba comer mandarinas mientras paseaba, y aquel día salió a caminar por un sendero

desconocido cuando de pronto vio que a orillas del camino había una planta de mandarinas. Muchos lectores recordarán que la fue pelando mientras seguía, sin advertir que se trataba de una mandarina ridícula. ¡Cómo no lo van a recordar si está escrito apenas unas líneas más arriba!

Al saborear el primer gajo Cinthia Scoch pensó que era la mandarina más dulce que había probado en su vida, pero al segundo cayó en la cuenta de que algo raro estaba ocurriendo: ¡se había quedado pelada! ¿Qué había sido de sus hermosos cabellos verdes y amarillos, duros como alambre?

Aún no había encontrado una respuesta a esa pregunta cuando escuchó hablar a la mandarina:

—Por comerte mi gajo te quedaste sin cabello. Por lo tanto, tendrás una idea descabellada: comerte otro.

Dicho y hecho: Cinthia Scoch sintió irresistibles deseos de probar otro gajo de mandarina. Ni bien lo hizo le crecieron ramas en la cabeza, altísimas ramas que



enseguida se llenaron de hojas verdes y pájaros que cantaban.

Cinthia trató de mirar hacia arriba pero solo alcanzó a ver las puntas de algunas ramas. La mandarina, que continuaba en su mano derecha, le dijo:

—Por comerte mi segundo gajo, tu cabeza se convirtió en una copa de árbol. Como ahora tenés pajaritos en la cabeza, no podrás resistir la tentación de comer otro.

Dicho y hecho. Cinthia tuvo ganas de comerse otro gajo y se lo comió nomás, y ni bien lo hizo su cabeza quedó convertida en un reloj despertador desarmado.

“Qué desgracia”, se dijo Cinthia, “ahora soy un reloj despertador y, encima, desarmado”. Lo pensó un instante y decidió que lo mejor sería tratar de armarse.

Trabajó un rato y ya faltaba poco para terminar, solamente ajustar el último tornillo, cuando escuchó que la mandarina le decía:

—Por comerte mi tercer gajo te convertiste en reloj despertador desarmado. ¡Y tuviste el descaro de armarte! Pero, como te



falta un tornillo, no tendrás mejor idea que comerte otro gajo.

Dicho y hecho. Cinthia Scoch, convertida en reloj despertador, abrió grande la campanilla y tragó entero un nuevo gajo. Al hacerlo, quedó convertida en una cebra.

—Por comerte mi cuarto gajo te convertiste en cebra —le dijo la mandarina, más ofendida cada vez—. Como ahora sos rayada, se te va a ocurrir comer otro...

Afortunadamente pasó por allí un campesino.

El campesino se detuvo a mirar a la cebra porque nunca había visto una. Pensó que algún gracioso le había pintado rayas a un caballo. Solo que, mientras hacía estas deducciones, distraídamente, alzó lo que quedaba de la mandarina y comió un gajo. No sabía en la que estaba metiéndose.

Ni bien el campesino comió un gajo, quedó convertido en un ganso y en cambio Cinthia Scoch volvió a ser ella misma, con sus hermosos cabellos verdes y amarillos, duros como alambres.



Entonces la mandarina le dijo al campesino:

—Por comerte mi quinto gajo te convertiste en ganso. En tu nuevo estado harás una gansada: comerte otro.

Cinthia Scoch se sentó sobre una piedra a mirar, porque le resultaba muy divertido eso que estaba viendo.

El campesino se transformó en floreo, enseguida en velador, luego en viento que

viene del Sur, seguidamente en lluvia de abril, después en enano de cemento...

Por suerte, como todos los lectores saben, las mandarinas –aun las ridículas– no tienen más de diez o doce gajos. De modo que, cuando el campesino terminó de comerla, volvió a ser el mismo campesino que era antes de que se le ocurriera la ridícula idea de alzar esa mandarina.

Cinthia Scoch continuó su paseo mientras pensaba en lo terrible que resultaría comer uvas ridículas, un enorme racimo de uvas ridículas. ¿Y una gran sandía ridícula? ¡Dios!



Los más famosos inventores de inventos ridículos

Los más famosos inventores de inventos ridículos viven en un viejo edificio de siete pisos.

En el séptimo piso vive Cátulo de las Canarias, el célebre químico español que inventó el dentífrico para dientes de peine.

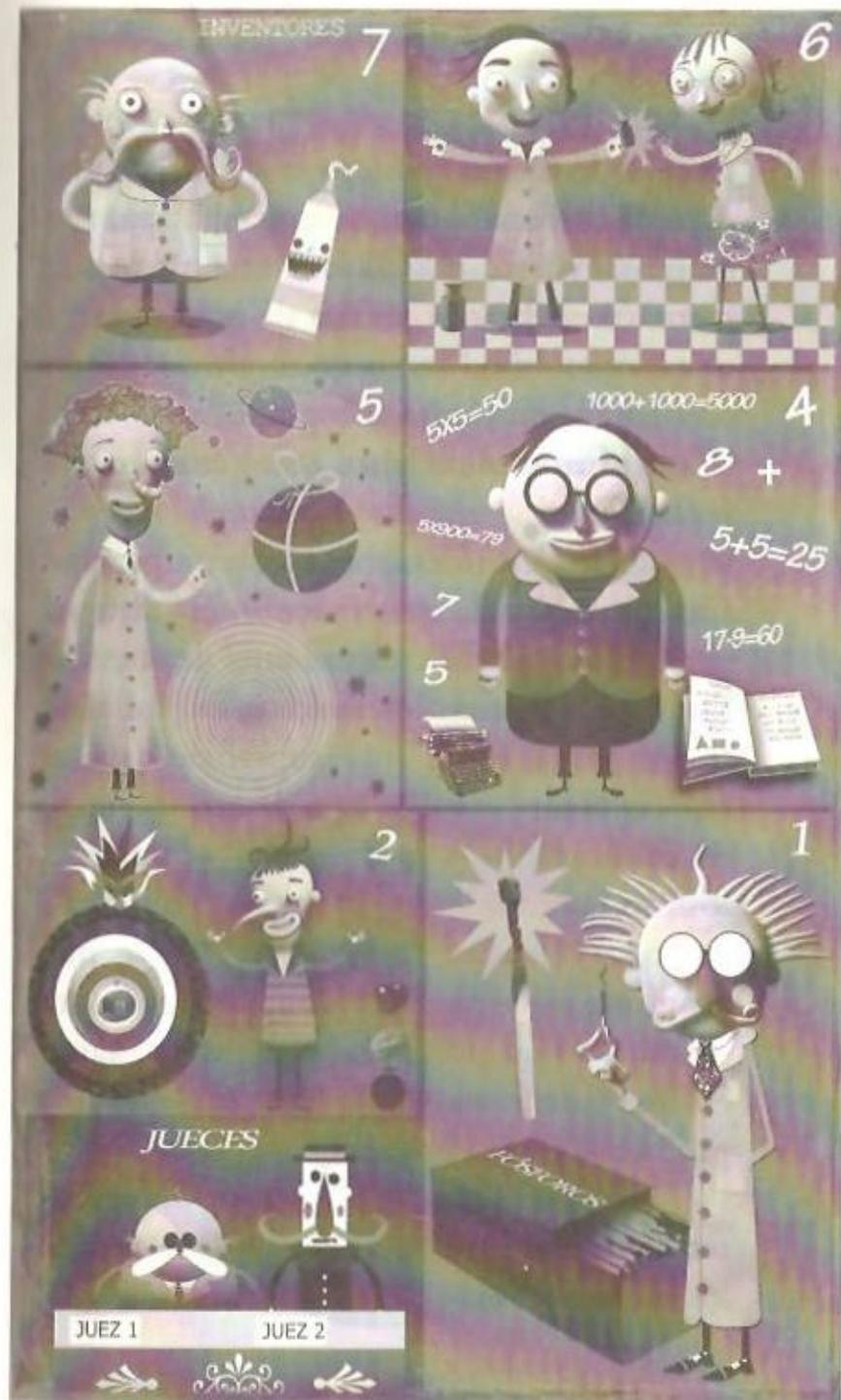
En el sexto piso vive un matrimonio de farmacéuticos alemanes, inventores de un jarabe que hace ver a los sordos y mejora el oído a los mudos, además de una aspirina antimareos para caballos de calesita.

En el quinto piso del edificio de los inventores de inventos ridículos vive el italiano Zopietro Tropiezzo, diseñador de una cinta amarilla y azul de 15.000 kilómetros de extensión pensada para hacer un moño en Júpiter el día que alguien decida envolverlo como para regalo.

En el cuarto piso vive el profesor norteamericano John Faber, autor de un libro que contiene todas las cuentas de sumar, restar, multiplicar y dividir con resultado equivocado. La idea es que toda persona que haga una cuenta en su oficina o en el colegio consulte el libro; si la cuenta está tal como aparece en el libro de John Faber, quiere decir que su resultado, lamentablemente, no es el correcto. El libro tiene 578 tomos, pero aún no fue terminado ni ha sido consultado jamás, lo cual lo vuelve mucho más ridículo.

El tercer piso está deshabitado. En su momento el constructor olvidó hacerle puertas y ventanas. Una placa de bronce recuerda su nombre y aclara este bello y ridículo gesto.

En el segundo piso vive el botánico Injerto Cítrico, conocido mundialmente por sus experimentos con frutales. Cítrico es inventor de una curiosa fruta con cáscara de ananá que al pelarla da lugar a una cáscara de sandía, y al sacar esta aparece una



cáscara de melón, y luego una de granada, una de banana, una de naranja, una de manzana y por fin la última, una cáscara de nuez. Al quebrar la cáscara de nuez aparece una pequeñísima radio que transmite todo el tiempo un único programa que dice: "Coma fruta, coma fruta, coma fruta, coma fruta...".

En el primer piso vive el argentino Carlitos Gandel, que inventó un sistema para probar el funcionamiento de los fósforos. Se numeran los fósforos de 1 a 100; se los raspa sobre una superficie áspera, especialmente creada para hacerlos entrar en combustión. A continuación se apaga el fósforo encendido en un "apagador ígneo", como se llama el frasquito con agua que acompaña al invento. Finalmente se anota su número en una planilla, y se lo guarda en un estuche en cuya tapa dice: "Fósforos probados, listos para usar".

En la planta baja viven los integrantes del jurado. Ante ellos deben presentarse los nuevos inventos.

El día en que se entrega el diploma al nuevo inventor se hace una fiesta ridícula con cientos de invitados que lucen disfraces disparatados. Se sirve una cena de aceitunas con licor, tortas de yeso, bombones explosivos, platos de globitos de soda y todo tipo de manjares. Luego se toman fotos del inventor abrazado a cada uno de los invitados, haciendo muecas ante la cámara. Finalmente uno de los miembros del jurado canta una ópera cuya letra explica el funcionamiento y la inutilidad del nuevo invento.



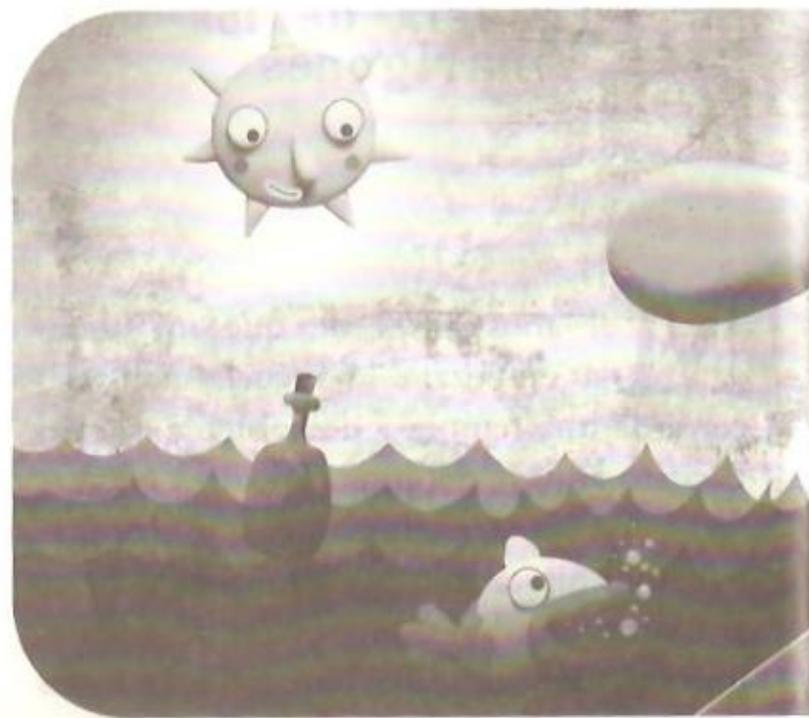
La isla de los narigones

Mil años antes de que mi abuela empezara la escuela naufragó cerca de una remota y deshabitada isla del Pacífico la nave del pirata Akad El Nariz.

De los cien tripulantes que acompañaban al pirata solo pudieron nadar hasta la isla un hombre y una mujer de quienes únicamente se sabe que tenían dos enormes narices —una cada uno— y el pelo verde.

Al llegar a la isla lo primero que hicieron el hombre y la mujer fue exclamar: “¡Nos salvamos!”. Lo segundo, secarse al sol. Por último, fabricaron una botella de barro cocido.

En el interior de la botella introdujeron una fina piel de marsopa que encontraron en la playa, en la que dibujaron un mapa y escribieron un mensaje:



“ESTAMOS EN LA ISLA MARCADA EN EL MAPA. VENGAN A RESCATARNOS. NUESTRO BARCO SE HUNDIÓ EL LUNES PASADO”.

—Quedate tranquila —le dijo el hombre a la mujer una vez que taparon la botella y la arrojaron al mar—. En dos o tres días la encuentra un griego, un romano, un huno u otro, y nos viene a rescatar.



Ni bien cayó al agua, la botella fue arrastrada por la corriente marina de Freezer, masa de agua fría que empuja todo lo que encuentra hacia el mar de la China y, si ese día llega a andar cruzada, más lejos todavía.

Pero no tuvieron suerte. Recién un año después un pescador encontró el envase

en una playa china y se lo vendió al coleccionista de botellas raras Li-kor Ching. Así, la botella de barro estuvo casi trescientos años en el museo de la familia Ching, sin que a ninguno de los descendientes de Li-kor se le ocurriera descorcharla.

En el año 1295 un recontratataranieto del coleccionista chino le vendió la botella al navegante veneciano Marco Polo.

Marco Polo fue hecho prisionero en la ciudad de Génova en 1298. La botella quedó de adorno en la celda donde él estuvo.

Casi doscientos años más tarde un preso que estuvo encarcelado en el mismo calabozo que Marco Polo fue liberado por ofrecerse a acompañar a Cristóbal Colón en su viaje a América. Entre sus pertenencias, el preso trajo a América la botella.

En 1689 la botella estaba en poder de un misionero jesuita. Se sabe que un día ese misionero decidió destaparla. ¡Al fin alguien leería el mensaje! ¿Había llegado la hora?

No.

Justo cuando el misionero se disponía a abrir la botella, cayó de visita un cacique mataco.

—Qué linda botella —fue lo primero que dijo el indígena.

—Sí, es linda —aprobó el misionero.

Mate va, mate viene, el misionero le cedió la botella al indio a cambio de diez caballos jóvenes, cuatro collares de oro, quince mantas, veinte vasijas medianas y mil kilos de yerba mate.

En 1904 la botella fue encontrada por un antropólogo sueco, quien aseguró que se trataba de una "típica artesanía mataka". ¿Mataka? ¿Macana! El caso es que el sueco donó la botella al Museo de Chivilcoy.

Así entra en la historia el hombre elegido por el destino para abrir ¡al fin! la botella de barro: Elder María Ferraguto, el encargado de limpieza del museo.

Ferraguto tenía la manía de espiar, destapar y husmear en todo lo que estuviera cerrado. Con la botella no hizo excepción. Su pecho se agitó y su frente empezó

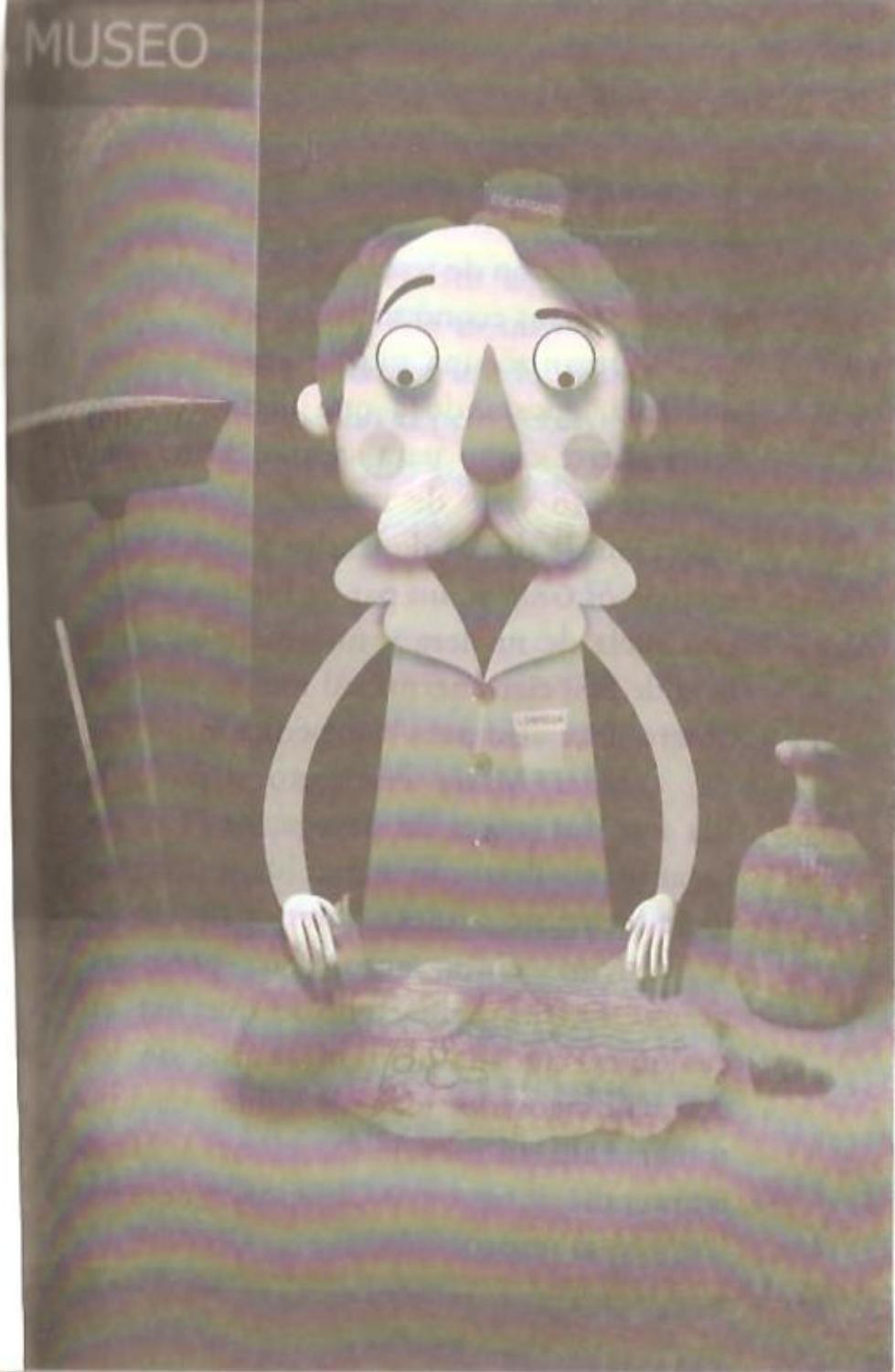
a transpirar a mares cuando, tras agitarla, llegó a la conclusión de que había algo en su interior.

Diez veces estuvo a punto de estrellar la botella contra el suelo para extraer ese tesoro oculto, pero su deber le indicaba que debía conseguirlo sin romper el envase. Después de maniobrar tres horas con un alambre logró sacar la piel de marsopa.

Tembloroso, desplegó la crujiente lámina sobre una mesa y leyó:

“ESTAMOS EN LA ISLA MARCADA EN EL MAPA. VENGAN A RESCATARNOS. NUESTRO BARCO SE HUNDIÓ EL LUNES PASADO”.

Una ola de aire caliente infló el pecho de Elder María Ferraguto. Sintió una mezcla de mareo, excitación y brote de locura: en ese instante supo que toda la vida había estado esperando una cosa así y que al fin se confirmaba que él había nacido para grandes causas. Nada impediría que él salvara a esos pobres náufragos.



A partir de ese momento todas sus actividades tuvieron como objetivo organizar la expedición de rescate. Lo primero era reunir recursos económicos.

Organizó una rifa de una vaca que no tenía, apostando a que nadie tendría tanta suerte como para sacarla. Hizo una "colecta pro viaje de rescate". Vendió su colección de discos de Carlos Gardel y de revistas *El Gráfico*, un par de botines viejos con suela de madera y una manguera sin usar de casi cien metros. Al mes ya tenía el dinero necesario para la expedición.

Elder María Ferraguto llegó a la isla tras dos meses de navegación. Era un lugar maravilloso con arenas blancas, aguas increíblemente azules, flores, palmeras... Y edificios, cines, autopistas, personas, perros. En fin, había todo lo que hay en cualquier ciudad, pero ni rastros de los dos naufragos del mensaje. Elder decidió tomarse allí un mes de vacaciones y luego emprendió el regreso a Chivilcoy y se reincorporó al museo.

—Viajé de gusto —dice cada vez que recuerda su famosa expedición—. El mensaje lo habrá escrito algún gracioso. Menos mal que la isla es muy linda. Eso sí, todos los habitantes son increíblemente narigones. Y tienen el pelo verde.

Un pueblito aburrido

Allá abajo está Villa Reseca”, pensaba Floro Flores mientras bajaba de la montaña. “Cuando sea grande me iré a vivir a una de esas ciudades llenas de gente donde hay miles de autos y de edificios y calles por donde caminan montones de personas elegantes”.

Su madre lo había mandado a recorrer los nidos de los grandes pájaros para recoger huevos que emplearía en la cena. La bolsa en la que Floro guardaba los huevos ya tenía cierto peso, por lo que decidió descender al valle; entonces notó que ya era demasiado tarde para emprender la vuelta. Enseguida se haría de noche y no podía arriesgarse a bajar por una cuesta tan empinada sin ver dónde apoyaba los pies. Caminó otro poco y, cuando se hizo noche

cerrada, se dijo: "Mejor me quedo a dormir por acá, total...".

Caminó a tientas, buscando en la oscuridad un lugar donde acostarse. Siguió, tropezando con las piedras, hasta que encontró algo que parecía apropiado. No sabía de qué se trataba, pero sí que era mullido como el mejor colchón y que estaba calentito.

"Seguro que alguien se olvidó este montón de plumas", pensó. Se acostó y enseguida quedó dormido.

Al rato el pajarraco gigante donde Floro dormía se despertó. Agitó sus enormes alas, hizo una corta carrera para tomar impulso y salió volando. Dio varias vueltas de orientación alrededor del pico de una montaña y al fin tomó vuelo hacia el Este.



Con sus potentes alas cruzó el océano y recién se detuvo en el sur de África a orillas de un río.

Mientras el pájaro tomaba agua, una manada de elefantes arrasó el lugar. Como surgidos por arte de magia, cientos de elefantes pasaron por allí haciendo temblar la tierra. El pajarraco quedó medio maltrecho pero tuvo que recomponerse rápidamente, porque detrás de los elefantes venían los traficantes de marfil con sus temibles carabinas y rifles.

Cuando vieron al pájaro, los traficantes se olvidaron de los elefantes. Apuntaron sus armas hacia él y descargaron decenas de tiros. El ave salió como pudo de allí, con varios balazos en sus alas.

Atravesó luego una zona fría y llegó a París, donde se posó sobre la Torre Eiffel: decenas de turistas japoneses lo fotografiaron y la televisión mostró el momento en que el gigantesco animal echó a volar. Pero el testimonio que alarmó a toda Europa fue el del piloto de un helicóptero: aseguró



que arriba del pajarraco había una persona dormida o desmayada.

El gobierno francés utilizó radares y patrullas de avionetas y helicópteros para capturarlo, pero todo fue en vano, pues el ave ya estaba a muchísimos kilómetros de allí, donde arreciaba la nieve: el interminable territorio ruso.

El animal estaba como enloquecido por tantas persecuciones, de manera que no descansó hasta regresar a su refugio en las montañas de Villa Reseca. Había completado una vuelta al mundo.

Ya era de madrugada cuando aterrizó en el mismo sitio de donde había salido la noche anterior. Poco después Floro Flores se despertó. Estiró sus brazos, desperezándose, y dijo:

—Uf, Villa Reseca, como siempre. Nunca pasa nada...

Cargó la bolsa con huevos y agregó:

—¿Quién habrá olvidado este montón de plumas acá en la montaña? Bah, yo qué sé...

Allá abajo Villa Reseca se veía como un pueblito de juguete. El muchacho comenzó a descender.



El Hormigón Armando

Mirado desde dos cuabras de distancia no se podía decir que Hormigón Armando fuera distinto de los ochocientos treinta mil parientes suyos que habitaban el hormiguero de la maceta del jazmín de plástico.

¿Que qué hacía un hormiguero en una planta de plástico? Precisamente en eso se diferenciaba el Hormigón Armando de las demás hormigas. En que había sido él el de la idea de despistar al dueño del jardín con ese truco. Era imposible que Laberto Zus, el dueño de casa, buscara su odiado hormiguero justo arriba de la mesa del comedor, en una planta de plástico.

—No hay más hormigas en la casa —decía al atardecer Laberto Zus, luego de hacer una recorrida enfocando con una

linterna cada rincón que pudiera servir para instalar un hormiguero.

—No hay más hojas en los malvones —le respondía su mujer.

—Las hormigas no están por ningún lado, querida —le explicaba Laberto Zus con una sonrisa tranquilizadora.

—Los pétalos de las marimonias tampoco —le recordaba su esposa, imitando su sonrisa.

—Estoy seguro de que no hay una sola hormiga en todo el jardín.

—Estoy segura de que las plantas están peladas.

—¡No hay más hormigas!

—¡No hay más plantas!

Varios habían sido los intentos de Laberto Zus para encontrar el hormiguero.

Primero se había comprado una lupa con el doble propósito de escudriñar por toda la casa y de atacar el hormiguero —si lo encontraba— haciendo que los rayos



del sol, potenciados por la lente, sembraran el pánico entre las hormigas. Pero ni noticias del hormiguero.

Después tuvo la idea de montar guardia sobre la planta de mandarinas. Se mantuvo veinticuatro horas aferrado a la rama más gruesa, tieso, sin hacer el más mínimo movimiento. Nada.

Al día siguiente ideó una estúpida trampa. Colocó una caja de zapatos en el patio de la casa, con un cartel que, en pequeñas letras apropiadas para hormigas, decía: "¡GRAN CONCURSO! A LAS PRIMERAS DIEZ MIL HORMIGAS QUE ENTREN A ESTA CAJA SE LAS PREMIARÁ CON UN FRASCO DE DULCE DE LECHE Y UN VIAJE A UN INGENIO AZUCARERO EN TUCUMÁN!".

Le llevó un día entero enterarse de que las hormigas no eran tan ingenuas.

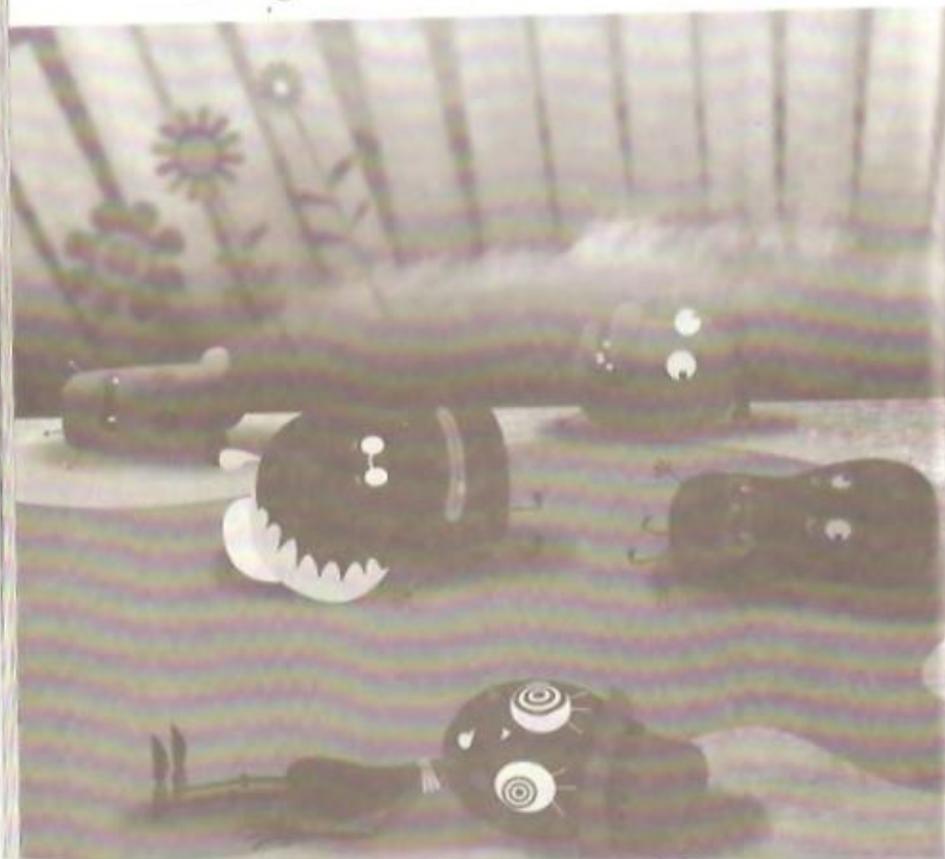
Laberto estaba desesperado. Las hormigas no: seguían comiendo plantas, migas de pan, restos de comida, legumbres almacenadas. Para colmo, la señora de Zus presionaba a su esposo diciéndole:



—¡Laberto! Estoy harta de las hormigas. ¡Ellas o yo! Ya sabés a qué me refiero...

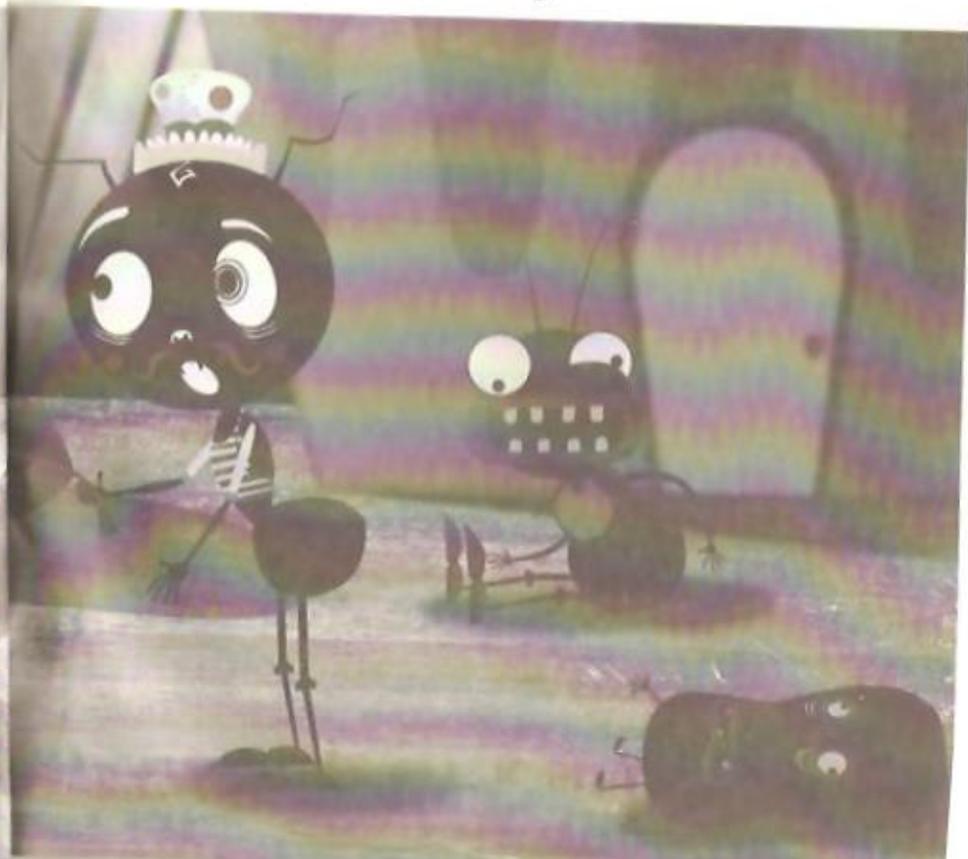
La situación llevó a Laberto a los límites de la desesperación y la locura. Sin embargo, con el último resto de equilibrio mental, concibió un plan definitivo: roció con litros de vino toda la casa: armarios, muebles, ceniceros, piso, televisor...

Esa noche fue catastrófica para las hormigas. En lugar de ir y venir por el mismo camino y darse un beso cada vez que se encontraban, esta vez hicieron el trayecto dando tumbos, haciendo cómicas reverencias y extraviándose por cualquier camino. Ninguna logró arrastrar alimentos hasta el hormiguero de la planta de plástico. Solo la infatigable labor del Hormigón Armando



y sus más cercanos lugartenientes permitió que ninguna quedara dormida sobre la mesa o a la vista del dueño de casa.

Sin embargo, al día siguiente Laberto Zus saltaba de contento. No había encontrado enemigas, pero en cambio había impedido que comieran. Ningún alimento ni planta del jardín tenía rastros de haber sido atacado por las hormigas.



En tanto, en la maceta de la planta de plástico el Hormigón Armando iba y venía pensativo, frotándose nervioso las patas delanteras. El panorama no podía ser peor. Sus ochocientos treinta mil parientes dormían patas arriba entre las hojas de plástico.

“Si hubiera un lugar donde encontrar comida sin vino...”, pensaba Hormigón Armando.

En ese momento entró a la cocina la señora de Zus. La mujer abrió la heladera, sacó una jarra con agua y la apoyó sobre la mesa para ir a buscar un vaso.

—No soporto el olor a vino que hay en toda la casa —dijo.

—¡Es la oportunidad que necesitaba! En la heladera está lo que nos hace falta —exclamó el Hormigón Armando. Su plan era aferrarse a la jarra para entrar a la heladera cuando la mujer guardara la jarra.

—Servime a mí también —se escuchó que decía Laberto Zus.

Hormigón Armando alcanzó a tomarse de la jarra justo cuando la mujer la levantaba para servir los dos vasos. Pero mientras lo hacía, su esposo saltó de su silla:

—¿Y eso? ¡Una hormiga! ¡No lo puedo creer, una hormiga! —gritó, mientras con dos dedos tomaba a Hormigón como prisionero.

Laberto Zus se las arregló para sacar la lupa de un mueble sin dejar de mirar a Hormigón ni un instante.

—Vos y yo tenemos que hablar —repetía el hombre. Después metió a Hormigón dentro de un dedal de donde no podía escapar y le habló, acercando su enorme boca. Hormigón estaba aterrorizado. Hablaron casi una hora.

Desde ese día Laberto Zus y su señora tuvieron el jardín más lindo del vecindario. Pero Laberto Zus se convirtió en una de las personas más ridículas del barrio: todos los días después del almuerzo sale de su casa con un plato de comida y

lo lleva hasta un terreno baldío que está enfrente. Deja la comida al lado de un árbol, se arrodilla, saca una lupa y mira hacia algo que está en el suelo. Habla solo y a veces hasta sonríe, como si estuviera charlando con alguien. Después se pone de pie, levanta la mano —a modo de saludo— y regresa a su casa.

El rebelde

No voy a contar la historia completa de mi familia. Solo diré que muchas de sus costumbres son criticadas por los vecinos. Y que he decidido rebelarme contra ellas.

La manera que tienen de organizar nuestros noviazgos y casamientos, por ejemplo.

Ni bien se recibió de botánico, mi abuelo fue obligado a casarse con Florencia Margarita Robles.

Cuando empezó a ejercer como oculista, mi tío se comprometió con una chica llamada Iris, que es pupila de un colegio religioso.

Como es médico, mi padre se casó con Dolores Susana Lozano, la que sería mi madre.

Y mi hermano mayor no fue la excepción: cuando dijo que de grande sería marino, le buscaron una novia entre las hijas de unos vecinos, los Mercante. La chica se llama Marina Mercante.

Aclaro todo esto para que se entienda mi problema: cuando anuncié que pensaba ser astrónomo buscaron en el barrio hasta dar con una chica llamada Marisol Luna. Su cara



era perfecta. Pero a mí no me gustan las caras perfectas.

Explicué que ya no me interesaba la astronomía, que sería pintor. Me presentaron a un mamarracho llamado Celeste Griselda Marrone.

—Cambié de idea —dije—, seré joyero. —Me hicieron conocer a Perla Esmeralda Topacio. Escapé como un ladrón de joyas.



Y así continuaron mis penurias. Hasta el día que me inspiré leyendo los clasificados del diario...

—Cuando sea grande voy a ser... ¡perfoverificador! —dije.

De inmediato mis familiares se abocaron a la búsqueda de una candidata adecuada. Ya pasaron ocho meses y, aunque han recorrido toda la ciudad y revisado todas las guías del país, aún no encontraron a ninguna cuyo nombre tenga algo que ver con ese oficio. Y, si la encuentran, tengo una larga lista de profesiones que harán imposible la búsqueda.

Mientras tanto, hace un mes conocí en un cumpleaños a una chica increíble. Es bellísima y coleccionista de recortes de noticias ridículas, como yo. Bailé con ella un buen rato y en cierto momento le dije que me gustaba. Me respondió que yo también le gustaba. La volví a ver al día siguiente. Y varias veces más.

Pasados treinta días —esto ocurrió hace un rato— pude juntar valor para preguntarle su nombre.

—¿Recién ahora me lo preguntás?
—me dijo.

—Es que... bueno, para mí es muy importante y...

—Con más razón.

—Es que no me animaba porque... bueno, tengo miedo de que te llames, no sé... Rocío Alba Nublado, por ejemplo, porque si te llamaras así... pensaría que mi familia ya decidió que de grande yo trabaje en el Servicio Meteorológico...

—Qué chistoso —dijo.

—¿Y? ¿Cómo te llamas?

—Sandra Silvia Iturrieta —me contestó medio molesta.

Me tomé un segundo para evaluar las posibles aplicaciones de un nombre así. Al fin suspiré aliviado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Nada. Solo que es el nombre más lindo que escuché en mi vida...

Archibaldo Postman

Hay gente que parece marcada de nacimiento para ejercer un oficio. Así, el señor Archibaldo Postman. Durante el corto período en que estuvo al frente del Edificio de Correos, antes de ser expulsado, una verdadera revolución sacudió al mundo de la correspondencia.

El mismo día en que asumió el cargo puso a trabajar a un grupo de treinta escritores responsables de “mejorar el estilo de los mensajes, como también su información”.

A partir de entonces se terminaron los errores de ortografía y las frases inentendibles y ya no hubo noticias sobre traiciones, estafas y resfríos. Las cartas tardaban más que antes en llegar a destino, pero los buzones reventaban de felicidad. La gente

recibía al cartero como quien atiende al pagador de la Lotería Nacional.

Tiempo después, Postman creó un taller gratuito de escritura de cartas de salutación, anónimos, comunicación de fallecimientos, declaraciones de amor. Más tarde lanzó una audaz campaña publicitaria en favor del envío de cartas y publicó en los principales diarios la dirección de cantantes, futbolistas, políticos y artistas famosos, para que la gente les escribiera.

El siguiente paso fue mandar a realizar una encuesta para detectar los datos de todas las solteras de la ciudad: 357.772. Seguidamente contrató a otros 155 escritores para que redactaran cartas de amor para las solteras, que fueron firmadas por “un admirador anónimo”.

Como remitente les puso la dirección de cada uno de los 357.771 solterones de la ciudad. A las dos semanas se celebraron los primeros 23.000 casamientos.

La cabeza de Postman hervía de grandes ideas. Diez mil proyectos esperaban



turno en su cerebro para salir a mejorar la correspondencia local e internacional. Sin embargo, antes de que pudiera llevarlos a la práctica, lo expulsaron del correo.

El día en que dejó el viejo edificio sus ex compañeros lo despidieron con un brindis. Los 155 escritores contratados por él le escribieron una interminable despedida, llena de frases que le provocarían retorcijones de emoción a un corazón de baquelita. Jamás se olvidarían de él. Era la mejor persona que habían conocido, un verdadero padre, "el faro que nos guiará en la noche de los tiempos", y mil cosas más.

Por fin, terminó de abrazarse con cada uno y salió a la calle, un poco confundido.

Era un jueves a la tarde. Postman (viudo, sesenta y un años, veintisiete veces expulsado de distintos empleos) se fue caminando pensativo, como se retiran, solitarios, los grandes héroes de las películas sobre el final de la historia. Se detuvo en una plaza,

desarrugó un papelito que llevaba desde hacía varios días en el bolsillo, se colocó los anteojos y leyó: "Campoamor 2376". No era muy lejos, podía ir caminando. En esa dirección vivía, según las encuestas hechas en el correo, la única solterona de la ciudad que todavía no tenía novio.

Basilia Tea Martunelli estaba sentada en el jardín que tenía delante de su casa, escuchando una ópera e ideando un sistema para colorear la luna con unas preciosas guardas rojas y amarillas. Pensaba en las enormes palancas que serían necesarias para mover los gigantescos pinceles que tenía diseñados en un cuadernito, cuando vio al hombre que golpeaba las manos ante la pequeña puertita de hierro.

"Qué cara de inventor loco, qué cara de atolondrado, este hombre debe de vivir provocando catástrofes", pensó, mientras se incorporaba. "Es el único con quien yo podría realizar mi proyecto de pintar la luna. Se nota a la legua. Es el hombre de mi vida".

Se acomodó el pelo, alisó su pollera, bajó el volumen del radiograbador y caminó nerviosa hacia la puertita mostrando su mejor perfil...



La misión Apalo 1

Hacía dos años que mi socio y yo andábamos en la mala y eso que éramos un dúo perfecto: él un sapo forzado y emprendedor; yo un gusano simpático, mundano, ingenioso. De las muchas cosas que intentamos ninguna consistía en trabajar: adivinar la suerte casa por casa; dar clases de respiración; rifar una pila vieja.

Hasta que se nos ocurrió abrir un negocio:

Con eso cambió nuestra suerte.



La oficina la instalamos en el mismo baldío adonde vivíamos, en una lata de aceite. Clavamos el cartel y nos sentamos a esperar. De mi parte esperaba una clientela de lombrices infelices en busca de consejos, cascarudos fracasados y cucarachas engañadas por sus maridos. Pero no.

Pasada una hora se hizo presente nuestro primer cliente: un piojo que toda su vida había soñado con hacer un viaje espacial.

—Ningún problema. Precisamente mi socio y yo estábamos organizando la misión espacial “Apalo I”. Usted será el astronauta. El lanzamiento será esta noche a las veintiuna horas —le dije. A mi socio empezó a temblarle la panza.

A las ocho de la noche había una multitud delante de nuestra oficina. Eran los parientes y amigos del piojo, que venían a despedirlo. El piojo vestía una camiseta en la que decía NASA.

—Por si me cruzo con seres de otro planeta —me explicó.



—Ah, sí, por supuesto —asentí.

Antes de empezar con los preparativos del lanzamiento le cobré los gastos y nuestro trabajo. Un dineral. ¿Cómo puede un piojo juntar tanto dinero? Fácil: en medio día había creado una Comisión Pro Viaje Espacial que había organizado una rifa.

Cuando ya estaba todo listo, llegaron los de *La Voz del Baldío*. Hicieron decenas de reportajes y un montón de dibujos retratando

al piojo en mil poses distintas. Cuando se dirigieron a mí, contesté con sequedad:

—Llegado el momento daré a conocer los aspectos más salientes de este proyecto...

—¿Pero no podría adelantarnos algo...?

—Por ahora me reservo la información por considerarla de carácter secreto.

Al fin llegó la hora señalada: hice que el piojo se sentara en una tapa de gaseosa



que estaba unida a una gomita de farmacia, a su vez enroscada en la cabeza de mi socio, el sapo, que estaba más nervioso que el mismo piojo. Me ayudaban en los preparativos dos entusiastas sapitos jóvenes, deseosos de adquirir experiencia en lanzamientos espaciales, y un gran escuerzo, cuya misión era pisar la tapita para que no se moviera hasta que yo



diera la orden. Todo estaba dispuesto sobre una pendiente muy pronunciada, como para que la nave espacial tomara altura enseguida.

Viendo que el Dispositivo de Despegue no presentaba anomalías inicié la cuenta regresiva:

—Nueve... ocho... siete...

Cuando iba por “siete” el sapo ya no tenía más fuerzas para avanzar y seguir estirando la gomita. Entonces intervinieron los dos ayudantes: de acuerdo con las instrucciones que les había dado un rato antes, comenzaron a darle palos por el lomo a mi socio. Sorprendido, el sapo avanzó como veinte centímetros más.

—Cinco... cuatro...

La gomita se tensó tanto que parecía a punto de romperse. El piojo temblaba de miedo. Hizo un intento de saltar afuera de la nave espacial, pero varios curiosos me ayudaron a persuadirlo de que continuara con la misión:

—¡Quedate ahí arriba, maldito cobarde! ¡Si te bajás te reventamos!

—Dos... uno...

Corrí hacia el Dispositivo de Despegue. Ante la inminencia del inicio del vuelo una cucaracha vieja se desmayó y varios arácnidos bebés se largaron a llorar. Me paré junto al escuerzo y grité:

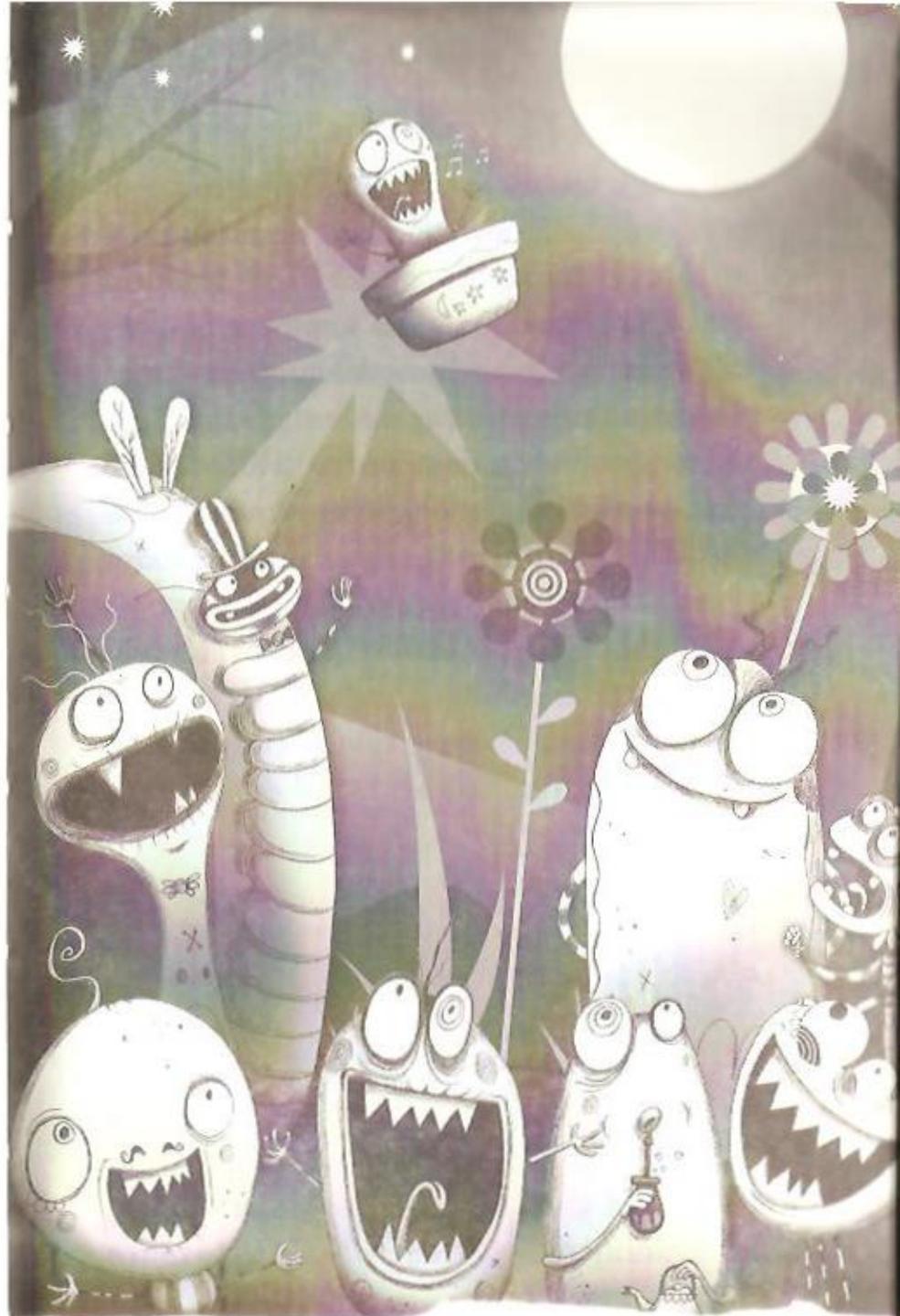
—¡Ceroooooo...!

El escuerzo levantó su pie, por lo que la tapita salió disparada como una bala. El piojo iba tan asustado que casi se le salían los ojos. La muchedumbre aullaba emocionada. La tapita, que apenas se veía, pasó por encima de la luz de mercurio de la calle.

—¡Ya dio la vuelta a la luna! —gritó una langosta gorda y fea.

—¡Maravilloso! ¡Qué hazaña! —gritaban otros, mientras la tapita con el piojo comenzaba a caer.

—¡Es el momento de desaparecer! —le dije a mi socio, que miraba hacia arriba con lágrimas en los ojos (¿por la emoción o por los palazos?)—. ¡Rajemos, tarado! —tuve que gritarle.



En ese momento sucedió el milagro: la tapita pegó contra la rama de un árbol y cambió de rumbo. Ahora caía hacia nosotros. “Uy, Dió”, me dije, “se va a romper la cabeza”. Pero no: aterrizó suavemente sobre unos trapos, a centímetros de nuestra oficina.

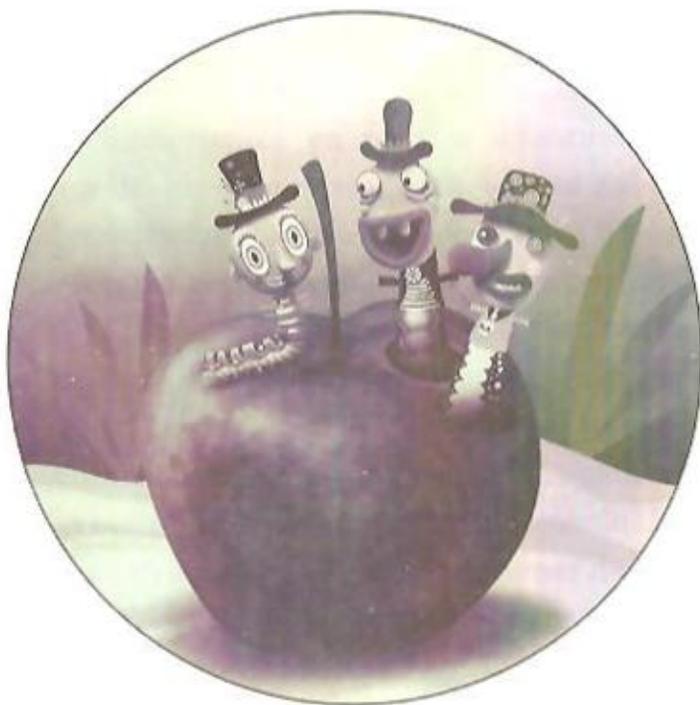
La multitud deliraba. Decenas de bichos rodearon al piojo, lo sacaron de adentro de la tapita y lo levantaron en andas. Todos lloraban, gritaban y vivaban al astronauta.

Al día siguiente, *La Voz del Baldío* salió con un enorme dibujo de tapa donde aparecía el piojo, asustadísimo, en el momento de tocar tierra. Un enorme titular decía “¡ÉXITO DE LA MISIÓN APALO I!”. Otros títulos subrayaban la “perfecta sincronización en las distintas etapas del vuelo” y la “nueva era de progreso” que se iniciaba. En otras páginas destacaban opiniones mías, de mi socio, de los sapitos aprendices y del escuerzo. Ese día hubo cuarenta y siete pedidos de viajes espaciales.

No nos tienta la gloria y menos el dinero. Mi socio y yo cerramos la oficina, les vendimos la nave espacial a los sapitos

jóvenes y nos marchamos. Él se fue a un charco de otro barrio, donde me dicen que se casó una sapa gorda y verde. Yo me fui a visitar a unos amigos en una manzana podrida.

Sé que allá en el baldío quedaron el piojo astronauta –convertido en una celebridad– y el buen recuerdo que todos guardan de nosotros gracias a que supimos retirarnos a tiempo.



Ricardo Mariño

Autor

Nació en Chivilcoy en 1956 y reside desde los 19 años en Buenos Aires. Entre su actividad ligada a la literatura se cuentan frecuentes colaboraciones en distintos medios culturales y periodísticos, su participación como director de la desaparecida revista literaria *Mascaró*, charlas y conferencias en el país y en el extranjero, colaboraciones de textos humorísticos en revistas infantiles y la autoría del libro de relatos para adultos *Silbidos en el cielo*. Entre su vasta obra dedicada a niños y adolescentes se pueden destacar los libros *Botella al mar*, *El insoportable*, *La invasión*, *Cuentos ridículos*, *Lo único del mundo*, *Ojos amarillos*, *Roco y sus hermanas*, *Perdido en la selva*, *Desplumado* y la serie de Cinthia Scoch. Como autor de textos para chicos ha merecido distinciones como el Premio Casa de las Américas, varias recomendaciones de IBBY (International Board on Books for Young People) y, en dos oportunidades (1994 y 2004), el Premio Konex a la trayectoria.

Índice

Cinthia Scoch y la mandarina ridícula	9
Los más famosos inventores de inventos ridículos	17
La isla de los narigones	23
Un pueblito aburrido	33
El Hormigón Armando	41
El rebelde	51
Archibaldo Postman	57
La misión Apalo 1	63
Biografía del autor	75